

PEPE Y SUS AMIGOS DEL CHOCÓ ANDINO



Hans Behr

Ilustración de Javier Fuentes

Pepe y sus amigos del Chocó Andino

Hans Behr

Ilustraciones: Javier Fuentes

Coordinación general: Leonor Bravo

Edición y corrección de estilo: María Eugenia Delgado

Diseño y diagramación: Santiago Vásconez

© Girándula, Asociación Ecuatoriana del Libro Infantil y Juvenil, IBBY Ecuador, 2026

Girándula es una organización sin fines de lucro que agrupa a escritores, ilustradores, editoriales, librerías y demás personas e instituciones involucradas en la producción y difusión de la literatura para niños y jóvenes del país.

@girandulaecuador
@maratondelcuento
www.maratondelcuento.com
096 221 0303
girandula2013@gmail.com



Por fin había llegado el día para emprender el largo camino. El oso Pepe lo percibió en el aire. La mañana, en aquel bosque frondoso, lucía esplendorosa. Ráfagas de viento llevaban y traían olores de fiesta, de vida: hierba, estiércol y frutas.

Y aunque era una mañana semejante a otras, con la única diferencia que no llovía, Pepe estaba alegre. Había esperado mucho tiempo ese momento, al igual que todos los osos de anteojos del Chocó Andino, una reserva con una gran función: ser un pulmón para el planeta.

En el cielo, el tucán del pico verde, naranja y amarillo lo vigilaba. Era él quien lo guiaría en la ruta, como en sus

viajes anteriores. El oso recordaba el momento exacto en que empezaron su amistad. Un día, sin explicaciones ni detalles, el ave escogió para descansar el mismo árbol donde él pasaba los días.

Desde entonces, el Tucán se preocupaba por él, sobre todo en ese día en el que debía recorrer más de veinte kilómetros. Era maravilloso verlo con las alas extendidas, planear y detenerse en las copas de los árboles, emitir graznidos cortos y pausados que indicaban que todo estaba bien.

Pepe, en cierta forma, lo envidiaba, porque él también hubiese querido volar. Pero ni modo. Era un oso de anteojos, llamado así por el antifaz

blanco que resaltaba sobre su pelaje negro.

Quizás el viaje le tomaría el día completo porque su caminar, debido a su peso, era lento pero preciso. Avanzó sobre sus cuatro patas un buen trecho junto al río sonoro, el señor soberano que nacía en las cascadas de las montañas y que transmitía vida a toda la región.

Al oso le gustaba escuchar al río, sobre todo cuando el agua chocaba con las piedras. Pero esa vez aquella voz estaba triste. Le contó que había visto grupos de personas cortando árboles para llevárselos del bosque. Eso le dolía porque en el mundo todo estaba entrelazado. Ríos, árboles,



plantas y animales dependían unos de otros. Incluso el ser humano dependía de ellos, aunque fuera quien más daño causaba.

Después, el oso se adentró en la montaña. Comió algunas raíces y hojas. Fue un desayuno succulento. Ahora podía seguir su viaje, inclusive con los ojos cerrados, solo necesitaba olfatear el aroma del aguacatillo (así llamaban los humanos a ese fruto verde y ovalado) que le llegaba desde muy lejos.

Tal vez la presencia del tucán en el cielo parecía innecesaria, pero no había que confiarse, porque cazadores furtivos podrían estar escondidos entre los arbustos para disparar a los de su especie. En el mundo de los humanos,



los osos de anteojos eran un excelente trofeo.

Un alarido del tucán bastaría para cambiar de rumbo. Pero no hubo señales de alarma. Pepe avanzó y cruzó la franja de caseríos de humanos amigables. Entre ellos estaba un anciano de barbas blancas que siempre le dejaba cuencos de frutas.

Los niños lo señalaban. Reían y corrían alborotados, espantaban gallinas, perros y polluelos solo por verlo hasta el último instante.

—Pepe, Pepe —le gritaban.

A ellos les debía su nombre. No sabía qué significaba, pero le gustaba. Pepe. Pepe el oso. Pepe, el rey de la montaña.

Siguió su camino durante horas hasta que su corazón empezó a latir más rápido.

Pepepum. Pepepum. Pepumpampám.

Y es que el olor del aguacatillo llenaba el aire y el suelo cubierto de ramas y hojas secas. Eso significaba el final de su travesía.

Entonces los vio. En las copas de los árboles, a izquierda y derecha, estaban sus amigos, los osos de su especie. Algunos lo reconocieron y emitieron sonidos parecidos a estornudos. Él, a manera de saludo, respondió de la misma forma.

Emocionado, subió por un tronco con ayuda de sus fuertes garras. Llegó a un ramaje espeso y, luego de saborear un par de frutos agridulces, empezó a reconocer a los suyos. Allí estaba Wando, Philips (bautizado así por un ecologista extranjero), Anana, Gurgur, Major. Había cerca de cuarenta osos.

Un hecho que emocionaba a los científicos, quienes aseguraban que cada año, cuando brotaba el aguacatillo,



estos mamíferos llegaban misteriosamente desde distintos lugares del Chocó Andino, así estuviesen a decenas de kilómetros de distancia.

Decían que era la llamada de la tierra, como si fuese una gran reunión. Y



con pequeños gruñidos y resuellos, casi imperceptibles para el oído humano, los osos se comunicaban.

—No he visto a Taco —dijo uno—. ¿Alguien sabe algo?

—Debe cuidar a su cría con su pareja —respondió otro.

—Tuve que abandonar mi región. Los humanos la usan para cultivos —agregó Gurgur.

—¿Y tú, Pepe? —preguntó Anana.

—No tengo problemas. Mi zona es amplia. Pueden venir los que quieran.

—Ya son tres años sin Roco? —señaló Wando—. Temo que le haya pasado algo.

—Muy cierto —dijo Major, que parecía ser el oso más viejo—. Espero que en el próximo encuentro aparezcan nuestros pequeños. Ellos deben continuar con la tradición.

Callaron de pronto y siguieron alimentándose. Permanecieron allí dos días. Y conversaron de muchas cosas hasta que llegó el momento de partir. Pepe bajó de su árbol. Emitió un par de estornudos como despedida y se marchó, igual que los otros, hasta el próximo año.

En el cielo, su amigo el tucán lanzó un chillido agudo. Algo alertaba. Pepe se detuvo unos segundos, observó la situación y cambió el rumbo. Con seguridad, por la tarde estaría en casa.

Los aguacatillos los reunían, sí. Pero los científicos no sabían que el verdadero objetivo era conocer la situación de cada uno para ayudarse, en caso de ser necesario. Ayudarse y sobrevivir, tal y como lo habían hecho durante miles de años.

Empezó a llover. Pepe pensó en Ana-na y lanzó un gruñido de esperanza.



Girándula

ASOCIACIÓN ECUATORIANA
DEL LIBRO INFANTIL Y JUVENIL

1988

XIX MARATÓN DEL CUENTO

QUITO UNA CIUDAD
QUE LEE



GLOBAL GREENGRANTS FUND



Quito renace.



Quito
GOBIERNO AUTÓNOMO

OEI

CRISFE



Diners Club



CÁMARA
ECUATORIANA
DEL LIBRO